

linas del hombre— (...). Pero, por otro lado, el muchacho, puesto que su juventud lo llevará a ser hombre, no puede aceptar reconocerse como objeto en esta relación que siempre se piensa en forma de dominación”.

En *El banquete* de Jenofonte, obra escrita seguramente en el año 380 a. C., casi 40 años más tarde que la obra homónima de Platón, se retoma la distinción, aún más neta, entre el amor vulgar y el celeste, pero esta vez no se expone la teoría en boca de Pausanias, sino en boca de Sócrates, mucho más locuaz y menos enigmático que en la obra platónica. Según el Sócrates de Jenofonte, la relación amorosa con el muchacho no puede basarse en la atracción de los cuerpos, pues de ahí derivaría una disimetría: “Un muchacho, por lo demás, no participa como una mujer de las voluptuosidades amorosas de un hombre, sino que se queda como un espectador en ayuno de su embriaguez sensual”. Y añade: “No es de extrañar que llegue incluso a despreciar a su amante”. El Sócrates jenofónico utiliza una metáfora clarificadora para describir la diferencia tajante que separa al amante celeste del amante vulgar. Éste se parece al arrendatario de unas tierras, interesado sólo en sacar provecho de ellas pero nunca en mejorarlas. En contraste, el que “sólo aspira a la amistad se parece más bien al propietario de una finca”, pues trata de mejorar por todos los medios la fertilidad de sus campos.

Volviendo al diálogo platónico, después de Pausanias intervienen Erixímaco, el médico, y Aristófanes, el dramaturgo y comediante. El primero de ellos hace del amor un principio cósmico gracias al cual no sólo los seres humanos, sino también los animales y las plantas, se atraen entre sí, buscando el equilibrio entre sus diferencias y discordancias. Aristófanes, el autor de *Las nubes*, elabora una teoría del origen de la naturaleza humana. Antaño “eran tres los géneros de los hombres, no dos, como ahora, masculino y femenino”. Ese tercer género es el constituido por los andróginos. Éstos son seres de forma redonda, provistos de cuatro brazos y de cuatro piernas, así como de dos órganos sexuales, “seres terribles por su vigor y su fuerza”. Tienen la arrogancia de atentar contra los dioses, por lo que Zeus les castiga a ser cortados en dos. Sean mezcla de dos varones, de dos hembras, o de varón y hembra, todas las atracciones actuales se explican porque cada uno persigue la totalidad de la que formaba parte, y esto es precisamente a lo que se reduce el amor. A continuación, intervienen Agatón y Sócrates. El primero insiste en que el Amor es “el más joven de los dioses”: delicado, dulce, blando, templado y bello. Sócrates, en vez de realizar un discurso propio, lanza una serie de preguntas a Agatón. Éste tiene que reconocer que el amor es, en primer lugar, amor de algo, y en segundo lugar de “aquello de que está faltó”. En consecuencia, el amor no es ni bueno ni bello, pero tampoco feo ni malo, “sino algo intermedio entre estos dos extremos”.

En realidad —y Sócrates se “escuda” en cierta forma en lo que escucha de boca de una mujer de Mantinea, llamada Diotima, figura que algunos consideran ficiticia y otros histórica— lo que importa, cuando se trata de indagar acerca del amor, es saber primero qué es en sí, cuál es su naturaleza y, sólo luego, preguntarse por cuáles son sus obras. Como dice Foucault en sus comentarios sobre *El diálogo*, se trata de un interrogante de carácter ontológico y ya no de naturaleza deontológica.

Quando el discurso de Sócrates está más avanzado, se oyen unas voces y entra el bello Alcibíades, ebrio, preguntando por Agatón. Es quizás el momento más bello e intenso del diálogo. Éste advierte enseguida la presencia de Sócrates y, embargado por la poesía y la verdad que el vino de sus venas ha generado, realiza, en vez de un elogio del amor, un discurso en honor de Sócrates. De éste dice que “siente una amorosa inclinación hacia los bellos mancebos” y que “pasa toda su vida ironizando y jugando con los hombres”. Alcibíades advierte a Glaucón de que no se deje engañar por Sócrates, pues pareciendo éste el amante de tantos hombres en verdad es el amado de todos. Los convidados irrumpen en risas, a continuación, convencidos de que Alcibíades está todavía enamorado de Sócrates.

Lacan sostiene en uno de sus seminarios la idea de que el amor platónico ilustra de una manera aguda los misterios de la transferencia entre el paciente y el médico analista. La posición del amado, transformado con brusquedad en el amante, señalaría precisamente lo que habría de evitarse. En el caso del diálogo platónico, Sócrates ofrecería a los demás, a los muchachos, su “amalgama”, su objeto parcial, aquello que da sin saber que lo tiene, y de lo que depende el amor de sus admiradores. Para Foucault, se trataría más bien de la búsqueda de la verdad lo que caracterizaría el amor platónico. “No es la otra mitad de sí mismo lo que el individuo busca en el otro, es la verdad con la que su alma tiene parentesco”. En cualquier caso, parece claro que *El banquete* seguirá dando que hablar por mucho tiempo... (en la imagen inferior, *Sócrates y sus discípulos*).

